

DOMINGO XI TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Sergi d'Assís Gelpí, monje de Montserrat
12 de junio de 2016
2 Sam 12,7-10.13 / Gal 2,16.19-21 / Lc 7,36-8,3

Hace unos meses, mi padre se aficionó a digitalizar un montón de vídeos que nos habían filmado de pequeños. Aparte de los de casa, aparecían primos, tíos, los abuelos que ya no están... Esto llevó a que se visualizaran en encuentros familiares, y que los compartiéramos entre los primos por internet. Y nos llevó a hablar con ternura entre los hermanos del amor con que fuimos queridos de pequeños, y entre los primos salieron palabras muy entrañables sobre la abuela, que era como el eje de la familia.

Pienso que, salvando las distancias, debía pasar algo parecido a cuando escribieron los evangelios. Aquel Jesús que habían conocido y amado, con quien habían compartido tanto... ¡Se habían sentido tan queridos por Jesús...! ¡Él había transformado sus vidas! Y querían que aquello no se perdiera, que llegara a todas las generaciones futuras. Y lo pusieron por escrito, lo cual en aquella época no era tan fácil como ahora.

¡Con qué delicadeza en los evangelios nos cuentan con el máximo detalle algunas escenas que vivieron con Jesús! En el Evangelio de hoy, encontramos un Jesús que no deja que nadie pase por su lado en vano. Un fariseo le invita, y Él se deja invitar. No se hace el puro, ni el estirado, ni distante. Va a comer en su casa, digan lo que digan.

Y luego se le acerca una mujer de mala fama en el pueblo, y Él se deja querer por esta mujer. Y que digan lo que quieran.

Ciertamente que eran gestos que podían ser interpretados como provocadores. Pero Jesús no lo hacía para dar la nota (a diferencia de algunos personajes que aparecen por la tele, que parece que el principal objetivo sea que se hable de ellos). No, no. Jesús lo hacía como consecuencia de lo que Él creía, sin reparos por lo que pudieran decir.

Acerquémonos a la mujer que aparece en este Evangelio. Lloro a los pies de Jesús. Pero no son lágrimas de desesperación, o de tristeza. Son lágrimas de quien se ha sentido profundamente amado, y lo vive con agradecimiento.

Mirad, este jueves pasado en Barcelona se celebraron los 20 años de CINTRA, una escuela del barrio del Raval que trabaja con jóvenes en riesgo de exclusión social. Una tarea magnífica (y nada fácil) a la que nos sentimos muy vinculados desde hace años en Montserrat.

Pues bien, este jueves, antes del concierto que hizo la Escolanía, hablaron unos ex alumnos del centro. Y fue muy emotivo. Se sentían profundamente agradecidos por todo lo que habían recibido los años que estuvieron en CINTRA. ¿Por qué? Pues porque eran bien conscientes de las dificultades que habían tenido, de su fragilidad, y de la ayuda que habían necesitado. Y habían sabido queridos.

Tanto esto que os acabo de explicar de CINTRA como esta historia de la mujer del Evangelio que hemos leído hoy lo podemos escuchar como algo bonito, pero que no nos dice nada en nuestra vida.

Jesús dijo bien claro en varias ocasiones que Él había venido para los que no tienen la vida resuelta, por los que a veces no tienen éxito, por los que se sienten frágiles. Por lo tanto: si tú, que has venido hoy a Montserrat o que nos estás siguiendo desde lejos, si eres de esos a los que se refería Jesús, entonces este Evangelio es para ti.

Jesús no dice que sentirse frágil sea el objetivo final, ni mucho menos. La fragilidad es algo que existe, y de formas muy diferentes. Una enfermedad, una ruptura, una pérdida, lo que sea.

En el tiempo de Jesús, cualquier forma de fragilidad era considerada pecado. Y por tanto, si tú eras frágil, tenías la culpa. Esto llegaba al extremo de que si un niño ciego de nacimiento, consideraban que como no había podido pecar (porque había nacido así), la culpa sería de sus padres. Siempre había que encontrar un culpable.

¿Qué hace Jesús? Jesús no veía culpables, sino personas que padecían. Y por tanto, personas a quienes amar. Su respuesta ante el sufrimiento y de la fragilidad no es tan teórica como práctica: amar, amar y amar.

La mujer del Evangelio de hoy nos dice: si descubres a Jesús, ese Amor que habita en ti, esa luz interior que te dice "venga, adelante, vuelve a empezar, confío en ti, conozco tu fragilidad, pero también tu deseo de bondad y de felicidad..." Si descubres esto dentro de ti, la vida tomará otro sentido y vivirás con agradecimiento por el don de la vida y también por el don del Amor que has recibido.

Sólo hay que ponerse con sinceridad ante Dios, y dejar que Él nos llene de su Amor. Y entonces, que Él nos haga mensajeros suyos para que otros puedan descubrir también ese Amor. Que así sea.